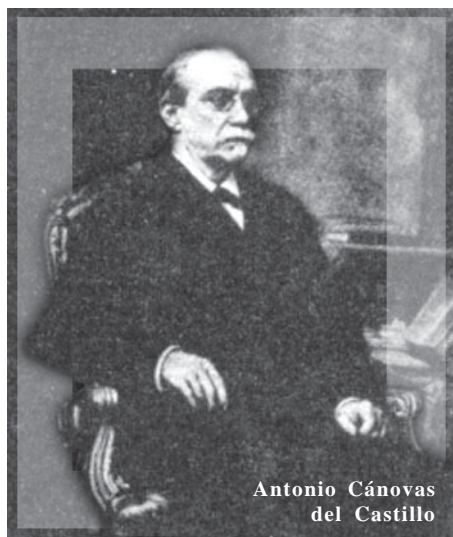


La decadencia del Imperio español

EN CUBA Y FILIPINAS

1878-1898 (I Parte)

por Rouget SÓNARA VALDÉS



Al terminar la Guerra de los Diez Años ya se lamentaban en las Cortes y otros lugares de España voces muy autorizadas que señalaban los errores, torpezas y lacras del desgobierno español en Cuba. Todo el período de la Tregua Fecunda (1878-1895) no es más que la aparente calma que precede a toda gran tormenta.

Ya el propio Castelar había abogado en 1869 por la libertad de las Antillas entendiéndola en el sentido autonómico, señalando que debía dárseles una constitución particular y el derecho de gobernarse por sí mismas y don Fernando González, ex ministro de justicia declaraba: “Cuando una colonia llega, a la plenitud de su vida, entonces se constituye y debe constituirse en cuerpo independiente”.

Dígame lo que se diga y opíneselo lo que se opine del tan llevado y traído Convenio del Zanjón, es un hecho que en él los capitulados, como suele llamárseles, lo obtuvieron casi todo, menos la independencia, pues de él salió a corto plazo incluso la abolición de la esclavitud en Cuba, penúltimo país que la efectuó en América en virtud de la Ley del Patronato del 1880 hasta 1886.

El 3 de agosto de 1878 se fundaba en La Habana *El Partido Liberal Cubano* que exigía: la vigencia de los derechos individuales, la libertad religiosa de conciencia, la aplicación de las leyes municipal, provincial y electoral y la descentralización gradual de poderes, abogaba también por la libre expresión en folletos, periódicos, libros, etcétera.

El historiador español don Pablo de Azcárate en su notable libro: *La Guerra del 98* afirma que por desgracia para España y para Cuba “los años que siguieron al Convenio del Zanjón coincidieron con el período cumbre de la carrera política de un hombre eminente bajo muchos conceptos, pero sobre el cual pesará la abrumadora responsabilidad de haber desperdiciado aquella excepcional oportunidad de encauzar la cuestión cubana hacía un desenlace pacífico y constructivo”. Ese hombre era Antonio Cánovas del Castillo.

Cánovas fue la personificación más acabada de una oligarquía que no se resignaba a admitir que su tiempo histórico había ya pasado definitivamente. Esa oligarquía atrincherada en la gobernación del Estado español pretendía, en vano, por supuesto, congelar el avance del proceso histórico en beneficio propio, y así, poco a poco, el pueblo cubano fue tomando conciencia de la necesidad de un cambio que destruyera el anquilosado sistema político español que regía en la Isla.

Apoyado por Cánovas el *Partido Unión Constitucional* aumentó sus desafueros en Cuba mientras que el *Partido Liberal* iba encontrando muy difícil mantenerse en la línea de la reforma y la moderación. A los pocos años tuvo que llamarse *Partido Liberal Autonomista* y entre 1886 y 1894

principalmente fue una tribuna para muchos que temiendo una nueva y sangrienta guerra, no se resignaban, sin embargo, a aceptar como eterna la explotación bajo la cual se vivía.

A principios de 1892 Martí levantaba en Estados Unidos la bandera de la independencia y fundaba el *Partido Revolucionario Cubano*—una verdadera asociación democrática de clubes libres e independientes—que se disponían a liberar la Isla del yugo español.

Las llamadas reformas del ministro Maura en 1893 fracasaron también. Se proponían implantar en Cuba un régimen de amplia autonomía en los terrenos administrativo y político, pero sus propósitos fracasaron también y el 13 de marzo de 1894 Maura tuvo que dimitir y sustituido por Becerra muy reaccionario en ideas coloniales, este último archivó los proyectos del señor Maura.

El 13 de febrero de 1895 Abarzuza sustituido a su vez de Becerra hizo aprobar por el Congreso español un segundo proyecto autonómico para la isla de Cuba y sus dependencias pero ya era tarde, el domingo 24 de febrero de 1895 se lanzaba el grito de *independencia o muerte*; había comenzado *la guerra de independencia* que habría de durar hasta 1898 y termina con la intervención de los Estados Unidos.

En España sólo un político, el genial catalán Pi y Margall tuvo la visión necesaria para pedir que su gobierno concediera la independencia a Cuba, ciertamente la única solución necesaria eficaz e inevitable del problema cubano.

Pero Cánovas y sus cómplices optaron por seguir la desafortunada política de “hasta el último hombre y la última peseta” no sólo en Cuba, sino también en Filipinas. Una larga y cruenta lucha estaba ya en marcha. Ω